

VECINOS ILUSTRADOS

Elogio de la improvisación
Fernando Martín Aduriz

Recientemente alguien ha escrito sobre un *Elogio de la rutina*, criticando el afán por innovar que ha entrado a muchos como una fiebre. Esto me da pie a pensar un elogio de la improvisación. Sobre todo por ir contra ese discurso de la perfecta organización planificada, tan alemán, que se suele poner como ejemplo de virtud frente al mal español de la improvisación.

Qué tiene de malo la improvisación. A priori puede ser tan perniciosa como la planificación. Si la planificación es mala, todo sale mal. Si la improvisación es mala, por supuesto. Pero, ¿y si es posible y deseable una óptima y saludable improvisación?

Por supuesto no todo el mundo puede improvisar. En primer lugar, los obsesivos de a pie necesitan tenerlo todo bien milimetrado para no encontrarse nunca con el acontecimiento imprevisto, con la sorpresa de la que huyen como la peste; no hay nada que más les incomode. Estos sujetos, que suelen elegir profesiones muy pautadas, donde se sabe lo que va a suceder al final de la jornada, al final del año, y al final de varias décadas, es decir, no va a pasar nada, son sujetos muy previsibles. Nunca buscarán el viaje emocionante, la amistad casual, hablar en público sin papeles, y odiarán las visitas inesperadas y los fenómenos y eventos que no figuran en la agenda. Orden, orden, es su proclama. Han decidido matar el deseo inoportuno y jamás aplaudirán lo que se sale del positivismo. Sus rituales, sus costumbres, sus usos sociales e íntimos son una barrera frente a los altercados extraños, lo desconocido, lo que se aleja de su particular mundo. Se entiende así su peculiar modo de conducirse con sus objetos de quien se creen amo absoluto, de ahí, su popular tacañería. Su estatuto es inmóvil, y el aburrimiento que provocan en su entorno, proverbial.

Para improvisar se precisa pues, no estar demasiado aferrado a los objetos. Tampoco a las personas ni a la rigidez de las normas y los reglamentos. Más bien, el improvisador, que pone de los nervios a los sujetos de orden, es un soplo de aire fresco en esos lugares de trabajo acartonados y ñoños, en esos grupos monótonos y repetitivos.

Por otro lado, y no menos importante, el improvisador es por naturaleza confiado. Frente al receloso obsesivo, que ve fantasmas, peligros, y enfermedades en casi todas las actividades humanas, el improvisador confía plenamente en que su movimiento de última hora va a salir bien. Cuando todo está sujeto a una planificación, llega él o ella y modifican lo inmodificable. Su confianza en que todo va a salir bien es tan ciega que tropiezos y descalabros no le hacen mella. Es puntual en su cita con la improvisación y reiterado hasta el punto de que podríamos construir la paradoja de unir obsesivos e improvisadores en la figura del obseso de la improvisación, de suerte que no atenderá nunca a las recriminaciones de unos y otros buscando a perpetuidad el giro inesperado en el momento menos previsible.

El improvisador es español. Se sabe. Apuesto a que también es palentino, y de seguro, vecino ilustrado. Sólo hay que ver el despliegue de lo que somos capaces de construir a nuestro alrededor. Reconozco mi simpatía por el improvisador, pero afirmo que si bien es de elogiar su osadía y atrevimiento, las consecuencias sociales del virus de la improvisación a veces no son muy ejemplares.

Nos hacen falta, eso sí, gentes osadas, jóvenes valientes, mujeres con ingenio, y más trabajo social, y menos cotilleo. Menos vivir para los otros o la vida de los otros, y más inventos, a lo 'Peridis'.